

dre, llorad, y el perdón de Dios caerá sobre vuestra frente en esta postrera hora de agonía, y sublimada con el arrepentimiento, y regenerada con la aceptación de esta dolorosa muerte, podéis dirigir una mirada de lástima á la tierra que abandonáis, desde mundos mas bellos y cielos mas resplandecientes. Dirigid á Dios vuestras oraciones. ¿No habéis visto el trémulo resplandor de las estrellas? Es una oración. ¿No habéis aspirado el aroma de una flor? Es la esencia de un alma que sube en ondulaciones á Dios. ¿No habéis oído el canto de las auras ó el trinar de las aves? Son esa armonía, amorosos suspiros que se pierden en los inmensos cielos; y el sol que alumbrá á los astros, y la lluvia que refrigera á las flores, y la enramada que protege á las aves, es la mirericordia de Dios, que oye todas las plegarias y da á todas sus criaturas el instinto de su amor. Volved, madre mía, los turbios ojos al cielo.

—Me vuelves la vida. Me siento mejor. El veneno se ha dulcificado. Me parece que aun puedo resistir por unos breves momentos. Vé, hijo; vé por un confesor. Todavía Ernesto, sobra tiempo. Salió á la calle, y aun no habia abandonado la casa, cuando se dibujó en la pared de la estancia la sombra del francés.

## CV.

—¿Hombre cruel, vienes á gozarte en mi agonía?

—Vengo á morir contigo. Cansado de sufrir ya me he decidido por la muerte. En mi delirio no hallé otra esperanza. Yo te amaba, Luisa, mas que á mi mismo; te amaba con frenesí, y sin embargo he tenido valor para aplicar á tus labios ese breva, que acaba con tu existencia. ¿Qué haré de mí? Me aborrezco, y no encuentro muerte proporcionada á mis delitos.

—No traigas á mis oídos los presentimientos del infierno. Acabo de oír hablar del cielo, y mi alma se recogía en sí misma para pedir á Dios perdón.

—Misericordioso ha de ser Dios, si te perdona.

—No me martirices.

—Una mujer adúltera y criminal, sería una mancha en el cielo.

—¡Ay! me asesinas otra vez. Ten compasión... Me muero...

—Yo iré al infierno. Quiero arrastrarte conmigo hasta aquel antro de perdición. Dios no puede separarnos. Hemos nacido el uno para el otro. Allí nos reiremos con amarga risa de nuestros amores. Allí nos abrasaremos en el fuego de nuestros propios crímenes.

—¡Dios mio, Dios mio, compadéceme!

—En mal hora le llamas, en mal punto te arrepientes. Cuando ya no hay sangre en tus venas deseas purificar tu sangre. Cuando no hay vida en tu pecho anhelas por enmendar tu vida. Escarnio y mofa ha de ser ese importuno desvarío.

—Señor, yo te llamo.

—No le llames, porque no te escucha; que voz tan enferma y tan viciada no puede llegar hasta los cielos.

—¡Misericordia, Dios mio! ¡Misericordia!

—Dios. ¿Por qué no imploraste su amparo, cuando ibas á caer en el vicio? ¿Por qué no arrostraste la vida de los mártires, y ahora en tu agonía verías aparecer en las nubes la palma de la victoria?

—¿Quieres que me condene?

—Sí, Luisa, porque de otro modo no podría volver á verte.

—Hasta la eternidad me sigue este nefando, este maldito amor.

—¡Dios mio! dijo Edgard levantando la voz, maldicid esa pasión, y condenad á la mujer que la encendió en mi pecho.

—La puerta. ¿Oyes ruido? El confesor. Caridad... Salvación.

—No entrará, exclamó Edgard, cerrando con furia la puerta, y guardándose la llave en el bolsillo.

—Madre, madre, exclamaba Ernesto con desesperado acento.

—Oid, oid mi confesion sacerdote, de Dios, dijo Luisa arrastrándose hasta la puerta.

—Abrid, abrid, gritó el sacerdote.

—No puede ser, exclamó Edgard.

—Hablad, penitente, dijo el sacerdote; aunque no os veo.

—Vendí á mi marido, abandoné á mi hijo... ¡Ay!... ¡Ay!... yo muero... y...

—Y engañó á su amante, dijo Edgard abriendo la puerta al tiempo mismo que Luisa acababa de espirar.

—Madre... Madre... gritó Ernesto, cayendo sobre el cadáver.

El sacerdote, alzando los ojos al cielo murmuró la oración de los difuntos. Edgard salió como un relámpago de la estancia.

## CVI.

El amante se dirigió á casa del juez, é hizo la siguiente declaración:

«Doña Luisa Utiel, que acaba de morir en la calle de Fuencarral, número... cuarto 2.º, ha sido envenenada por mí, Edgard Chevalier. Hágase la autopsia, y se verá la verdad de mi declaración.»

Intútil es decir que Edgard fue encerrado en el saladero.

## CVII.

María por fin llegó á Madrid, último término de sus deseos. Con rápido paso se encaminó seguida de Antonio á su bohalla. Su corazón palpitaba, porque el aire de la libertad es tan benéfico como las brisas que nos dan vida y contento. Pero María que jamás se vió libre de penas, fue víctima de un nuevo dolor, que amargó mas aun su ya amargado corazón. Cuando entró en su estrecha vivienda, se encontró á su padre tendido en un lecho, sin conocimiento, casi sin vida. En sus manos tenia una carta, en sus labios una amarga sonrisa, en su frente una nube de angustia y de muerte.

María se arrojó sobre la cama, é intentó en vano abrazarlo. Don Pedro la arrojó fuera de sí exclamando: «¡Tú no eres mi hija!»

María arrancó la carta que su padre tenia en sus manos, y leyó el siguiente anónimo.

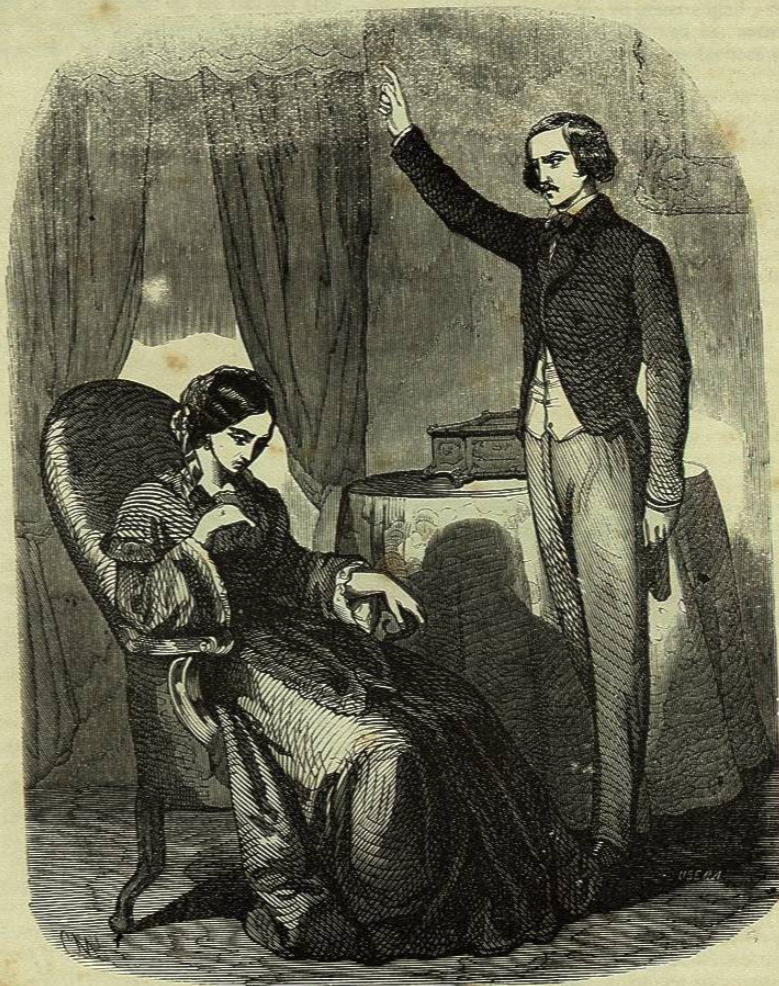
«Don Pedro: sois muy condescendiente. Consentís en la desgracia de vuestra hija. La hemos visto en Aranjuez en casa de su amante. Ahora nos regalará con el dinero que el comercio de su honra le rinda, y poco os importará, con tal que comais vá tanta costa.»

—Tú no eres mi hija, exclamó don Pedro mirándola con torvos ojos. Mi hija era un ángel de luz, era un retrato de su pura madre. Tú eres una mujer perdida, una mujer sin honor. Yo soy un malvado, que voy á asesinar á tu amante... Ja, ja, y don Pedro se reía con risa convulsiva y feroz.

Se le habia vuelto el juicio. María cayó desmayada en el suelo. Antonio sollozaba á sus piés.

## CVIII.

Don Braulio, á quien el lector no habrá olvidado, estaba ya en Madrid cansado de la vida de provincia, que no es muy á propósito para grandes empresas comerciales. Con el negocio de su desgraciado casamiento se habia abierto una gran brecha á su mal allegada fortuna, y estaba muy ageno de imaginar que



ERNESTO Y LUISA.

las calaveradas políticas de su sobrino Eusebio, le hubiesen también acarreado dispendios opuestos á su avaricia. Aunque sus riquezas eran inmensas y sus capitales, estaba puesto en lucrativos negocios, y sus intereses aumentaban y decrecían sus gastos; sin embargo, don Braulio rabiaba por oro, que toda pasión desvariada padece de una sed hidrópica; y su avaricia excedía á los límites de lo posible. Con tamaños contratiempos se arrepintió de su pasada vida, que á sus ojos era una fuente de virtudes; juró no volver á prestar dinero al bajo interés de un 100 por 100; ahogó todos sus instintos de misericordia, que por tal tenía sus negocios, y vino en deseo de moler á todo

infeliz que á sus cajas corriese para salir de apuros. Ya no le bastaba un 100 por 100; porque la moda de tal interés habia cundido prodigiosamente, y no hay prestamista que no siguiese otro tanto, y él deseaba dejar á todos á cien pasos de distancia y sobreponer sus ganancias hasta mas allá de sus deseos. ¡Ay de la viuda que iba á implorar su misericordia, porque habéis de saber que no le bastaba crucificar á un desgraciado; sino que aun exigió de sus víctimas una deuda de gratitud, pintándole con sonrosados colores su desprendimiento, su generosidad, su afán por remediar la desgracia! Tal vez los seres felices, que nadan en la abundancia, me tacharán de exagerado



Eusebio.

pero protesto enérgicamente contra semejante calificativo. Detened un momento vuestros dorados carruajes á la puerta de la indigencia; y yo os aseguro que si no sois de acero os han de partir el corazón los ahogados gemidos que al pecho del pobre arrancan la tiranía de la usura. ¿Por qué el legislador no para mientes en esta plaga; por qué no busca medios de curar este hondo mal? Es muy triste ver á la pobreza obligada á pagar á un precio exorbitante el dinero que le sirve para avivar un poco la apagada lámpara de su vida. ¿De qué sirve que nos declaramos hijos de la civilización, porque abrimos nuestras alas y

nos perdemos en el espacio, y dejamos atrás la rapidez del relámpago, y dominamos el rayo hasta hacerle; venir á besar nuestras manos, y hemos encadenado los mares, sino hallamos modo de aliviar la condición física y moral del pobre, nuestro hermano?

CIX.

Don Braulio y Eusebio entretenían el tiempo de modo no muy grato á los deseos del diputado.

—Te has portado, Eusebio.  
—Adorado tío, no me echeis en cara gastos que



